

ACTITUDES EFICACES

Hasta ahora estábamos acostumbrados a ver que los cristianos —y concretamente el clero— adoptaban posturas demasiado infantiles cuando tenían que protestar.

De la actitud resignada, que era la usual en la época preconciliar, hemos pasado, apenas sin solución de continuidad, a la protesta activista; y hemos ido dando bandazos en la Iglesia, adoptando —como siempre— actitudes desfasadas, aunque creíamos que eran las más al día.

Ayer la paciencia inactiva era nuestra virtud, que hoy la habíamos convertido —en el mundo católico— en la impaciencia activista. Pero una y otra se han visto en la realidad demasiado ingenuas, porque resultaron bien poco eficaces.

La piedra de toque de toda acción madura, que quiere un cambio a nivel colectivo, como la reforma de la institución eclesiástica, por ejemplo, tiene que ser la eficacia.

No podemos perder más tiempo ni más energía en reaccionar como los niños que se creen ya personas mayores porque cambian su pasividad en agresividad.

No, esa postura está equivocada. Y el tiempo se ha encargado de demostrarlo. Al final, después de tantos escritos contestatarios, comités de protesta y reuniones de discusión, tenemos cada vez menos progresistas para llevar a cabo algo positivo, porque la mayoría —que calcularon mal los resultados de su bienintencionada acción— se ha desanimado, al ver que todo quedó en un infimo resultado.

Sin embargo, algunos eclesiásticos se han encargado en estos días de dar muestras de verdadera eficacia y madurez. Y en vez de salirse desesperados de la institución eclesiástica o de adoptar una agresiva postura, se han decidido a emprender una acción más realista y —por eso— más eficaz, porque en la Iglesia continúa un puñado de creyentes que queremos que el cambio sea efectivo y sin aplazamientos reiterados. Pero queremos ir a ello con métodos que den mejores resultados que las posturas de aceptación o de iracundia propias de un niño.

El padre Pablo Gauthier es un francés de cincuenta y un años que ha pasado por todas las situaciones: fue profesor de Teología en el seminario de Dijon; después decidió hacerse cargador del muelle de Marsella, y, más tarde, trabajó en Brasil, Nazaret y Belén, para terminar ahora —después de un corto viaje a Laos— trabajando en diversos países árabes como simple peón obrero, y viviendo actualmente en el Líbano. Pasó por muy diversas experiencias, desde la vida colectiva en un «kibbutz» israelita hasta fundar, en Israel, una institución de religiosos obreros, que llamó Compañía de Jesús Obrero.

Si la mayoría del mundo es obrera —del campo o de la ciudad—, justo es que hubiera muchos obreros que fuesen o apóstoles seculares o sacerdotes, y no que admitiésemos sólo que algunos que son ya sacerdotes se hicieran obreros. No es lo mismo ser obrero y sacerdote (que puede estar cerca del mundo obrero) que ser sacerdote-obrero (o sea, un sacerdote que, después de perder en los años de su formación el contacto con su mundo, quiere volver a ser obrero).

No: no nos hacen falta ese tipo de sacerdotes —o seculares— que luego asumen o invaden el mundo de los obreros, sino obreros que, sin salirse de su mundo, fuesen ordenados sacerdotes, si quieren.

Eso es lo que quiso fomentar el padre Gauthier: verdaderos apóstoles encarnados entre los desheredados del mundo árabe, y para eso fundó esa institución religiosa bajo el nombre de Jesús el Carpintero.

Su segunda meta fue conseguir sacerdotes que vivieran y sintieran en su propia carne el mundo ateo de hoy. No que fueran unos aquilatados profesionales del ateísmo, como ayer los hubo del psicoanálisis y anteayer del evolucionismo. No: no quería aquilatados clérigos que hablasen en tono profesoral

de un mundo que no vivían; ni religiosos que —separados de los pobres por su seguridad económica— se dedicasen alegremente al apostolado de los desheredados de la fortuna.

Su labor no fue fácil. Y el principal estorbo lo tuvo en las estructuras eclesiales y eclesiásticas, en la institución jurídica y en esa mentalidad de «manager» o de «líder», que todavía perdura en muchos ambientes de la burocracia eclesiástica mundial, olvidando que su misión evangélica no es básicamente mandar ni organizar, sino servir. Y para eso no hay que conceder desde un pedestal, sino vivir en la base de ese pedestal, como los demás, conviviendo y compartiendo con todos lo de todos.

Llegaron noticias de Italia de que —desanimado ante la fuerza de la estructura de Iglesia— había abandonado oficialmente el catolicismo.

Sin embargo, esto no ha sido así. Su postura ha sido mucho más eficaz: ni sumisión ni apertura, sino tomar distancias, desentenderse de la batalla intereclesial por la reforma y entregarse sin cortapisas ni preocupación a su mundo de apostolado cristiano. Por eso, aclara ahora —ni resignado ni contestatario— su postura: «Hemos tomado una actitud de distancia con relación a las Iglesias constitucionales, pero guardamos toda nuestra fe en Jesús de Nazaret, y seguimos en unión con todos los que sufren persecución y luchan por la justicia. ¿Quiere esto decir que hayamos decidido salir de la Iglesia? No: entre la Iglesia y las instituciones eclesiásticas hay un margen y tendríamos que ser muy clericales para no verlo. Por eso, adoptando una razonable distancia en relación con ellas, pensamos que así viviremos mejor en la Iglesia y serviremos mejor a la Humanidad». No se puede decir nada mejor en menos palabras.

Otro hecho significativo es el del padre Lutte, que atendía al pobre vecindario de Pratto Rotondo, el miserable suburbio que visitó Pablo VI, viviendo como uno más entre ellos. Pero sus superiores salesianos consideraron que su labor de apostolado era «subversiva», y decidieron separarle de su labor obrera para enviarle a Bélgica, su país de origen.

El padre Lutte no se amilanó y, como la cosa más natural del mundo, aplicó la contundente máxima que le valió al negro Martín de Porres ser santo, cuando sus superiores le presionaron, en nombre de la obediencia, que dejara de realizar la caridad que hacía con los pobres: «Contra caridad —dijo— no hay obediencia».

Y su actitud, sin alharacas ni sumisiones indebidas, ha sido eficaz: el vicario de Roma, monseñor dell'Acqua, le ha permitido al padre Lutte seguir su ministerio sacerdotal en la Ciudad Eterna, después de haberse solidarizado el Consejo Presbiteral con este salesiano. Y el mismo Papa, el domingo día 7, tuvo un recuerdo para estos barrios romanos que son verdaderos «bidonvilles».

En cambio, Charles Davis, el teólogo inglés Consultor del Concilio, que abandonó hace cuatro años la Iglesia católica, ahora se siente nostálgico, y querría reanudar un diálogo que nunca debió haber roto en un momento de precipitación. Porque la Iglesia necesita cerca de ella creyentes independientes e inconformistas que sean como eran los antiguos profetas de Israel: la voz de la conciencia que acucia a cambiar lo que está mal en el catolicismo, que es mucho y supone una carga agobiadora.

Todos los independientes y todos los inconformistas somos solidarios de nuestros hermanos en la fe, y hemos de estar junto a ellos para luchar sin infantilismos, por vivir una Iglesia más evangélica y vital, pese a quien pese y con total serenidad. Sin resignación, pero sin ingenuas actitudes agresivas. Tomando distancias, como el padre Gauthier, para no ser abolidos por la burocracia, el juridicismo o la lucha espectacular que resulta estéril.

MIRET MAGDALENA